

La iniciativa privada

II

En la época de Carlomagno, el tipo social nuevo que es el que precisamente tiende á dominar hoy, estaba definitivamente constituido. Podemos apreciar sus rasgos característicos.

Este tipo salió de un estado social que podemos sintetizar con la fórmula siguiente:

El jefe del Estado no tiene más funciones que aquellas que no pueden ser reemplazadas por los grupos constituidos en las familias, en las comunas ó en las provincias.

Se pueden apreciar los resultados producidos por este estado social. Esos resultados son de naturaleza tal que impresionarán profundamente. Son los siguientes:

1. *La supresión de la esclavitud.*—Cuando los francos penetraron en la Galia y los sajones en la Gran Bretaña, habíase ya suprimido la esclavitud, contraria á la independencia que en esos lugares reinaba; independencia asegurada á cada familia. Sobre este punto tenemos el testimonio formal de Tácito, que los observó en Germania y en la planicie sajona. Tácito constata primeramente con asombro que aquellos difieren de todos los otros germanos. Ya se revelaban en ellos los caracteres que se han desenvuelto y persisten en la raza anglo-sajona.

Tácito describe enseguida con profunda extrañeza, el régimen que aplicaban estos germanos á sus servidores. Se muestra maravillado de no encontrar esclavos entre ellos, pero sí siervos que habitaban, *familia por familia, en moradas separadas*. Estos servidores no tenían otra tarea que la de contribuir con cierta cantidad de trabajo agrícola ó industrial, y no con un servicio personal fijado arbitrariamente por el señor.

Tácito, como de ordinario, ha visto bien, pues en efecto, por donde más tarde se extendió la influencia del franco ó del sajón, la esclavitud desapareció

inmediatamente.—Y es ésta la causa de la sustitución del siervo por el esclavo en los comienzos de la Edad Media.

2. *La emancipación de los siervos.*

—Pero este régimen social tuvo bien pronto como efecto el suprimir la servidumbre misma, y el de reemplazarla progresivamente por el régimen del terrateniente libre. Esta revolución prodigiosa, se cumplió silenciosamente durante los siglos X y XI.

Los historiadores se preguntan lo que la humanidad ha hecho durante estos dos siglos?—Hizo lo siguiente:

«Después del XI siglo, dice Leopoldo Delisle en su célebre estudio sobre *La condición de la clase agrícola en Normandía durante la Edad Media*—la servidumbre desaparece de nuestras campañas.»

«Hasta el siglo XI—dice Agustín Thierry—los obreros populares tuvieron conquistada su libertad, y gozaron poseyéndola plenamente»

Así, esta liberación espléndida, primero de la esclavitud y luego de la servidumbre, que Grecia no había podido realizar, que Roma no había logrado cumplir, estos pretendidos bárbaros—los francos y los sajones—pudieron realizarla sin miedo y completamente, sin ninguna intervención de los poderes públicos, y por los solos esfuerzos de la iniciativa privada.

¿Creéis todavía en la eficacia de la soberanía de los poderes públicos? ¿Creéis en la impotencia de la iniciativa privada?

¿Creéis todavía que este periodo oscuro en que vivió la Edad Media, fué un periodo infecundo? ¿Os parece que tenemos derecho de continuar desdeñándolo?....

3. *La supresión del servicio militar.*—Grecia y Roma han soportado la pesada carga del servicio militar obligatorio. Las grandes monarquías de la edad moderna, los grandes imperios y las grandes repúblicas actuales, armados hasta los dientes, la soportan todavía

Sólo han estado exentas las poblaciones de la Edad Media, hasta el establecimiento de los ejércitos permanentes, y la raza anglo-sajona hasta nuestros días.

He aquí lo que es más notable todavía: bajo el régimen del feudalismo territorial, mientras que el pueblo estaba libre de todo servicio militar, sólo ciertos grandes propietarios obligaban a poca cantidad de hombres a desempeñarlo.

Se ignora generalmente hasta que punto ascendió esta obligación en cuanto al número de los hombres de armas representados por estos grandes propietarios.

He aquí una reseña que se encuentra en la época del reinado de Felipe Augusto y que puede darnos una idea.

«El conde de Champagne tenía bajo sus órdenes 2030 caballeros solamente, y no enviaba más que doce gentiles hombres de pendón y caldera. El duque de Bretaña no tenía más que 116 caballeros de hueste (servicio militar) y no daba al rey más que unos cuarenta. Y nótese que estos caballeros, aún los que formaban parte de la hueste, no podían, la mayor parte, ser obligados a salir del dominio feudal ó de la provincia».

He aquí cual era el contingente militar que el rey de Francia podía pedir a sus vasallos:

«De la Bretaña, 40 caballeros; del Anjou, 35; de Flandes, 42; del Bourbonnais, 7; del Ponthieu, 16; de Saint Pol, 8; del Artois, 18; del Vernandois, 24; de la Picardía, 30; del Parisís y del Orleanado, 89; de la Turena, 5.»

Esto era precisamente porque el número de los guerreros era tan reducido,

que debían tomar la parte de los *bandés de fer*. Un sólo hombre valía entonces por un regimiento; era necesario luego, garantizar con cuidado una vida tan preciosa.

Era necesario igualmente asegurar la vivienda, destinada a protegerle, a amparar su dominio y a recibir, en caso de ataque, a las poblaciones circunvecinas.

Era de esta manera, que en cada gran dominio, surgía un castillo fuerte. Pues que no había que contar con los poderes públicos para defenderse, era necesario organizar por sí mismo su propia defensa.

Esta ley se realizaba en cualquier parte: cuando los ejércitos se componían de multitudes innumerables, se renunciaba a proteger cada hombre, porque entonces la vida de un ser humano, tenía menos importancia.

Se puede pues decir que el máximo del armamento defensivo, corresponde al mínimo de los guerreros, y el máximo de guerreros al mínimo del armamento defensivo.

¡Dichosos los pueblos que pueden asegurar su defensa con un pequeño número de guerreros aunque sean *bandés de fer*, y que dejan así a la masa de la población el tiempo necesario para sacar provecho de los trabajos de la agricultura, de la industria y del comercio!

Es en efecto debido a estas plausibles labores, que una raza se engrandece y prospera.

Edmundo Demoulin.

(Traducido de la obra «¿Porqué acaparar el Poder?»)

Un problema de sociología

La teoría de la evolución del hombre, tal como ha sido presentada por Darwin y desarrollada detalladamente por Haeckel y otros, explica el desarrollo del hombre como animal, pero no como entidad social, y Darwin, con su franqueza habitual, lo reconoce.

Este atribuía a la selección natural la formación de la especie humana y a la selección sexual la formación de las sub-especies ó variedades generalmente designadas como las diferentes razas humanas; pero admitía que el desarrollo de las cualidades sociales y morales no es explicada por la teoría de la selección natural, y se cuidaba de añadir, que para obtener de la selección sexual los

efectos que él le atribuía, debía hacer ascender su era de operación a un período pre-social, cuando el hombre estaba al nivel de los otros animales en lo que respecta a sus costumbres de asociación.

Las dificultades que se oponen al establecimiento de toda teoría que asigne los orígenes de la sociedad a un desenvolvimiento del instinto gregario de ciertas especies vecinas al hombre en cuanto a estructura física, aparecen tales a M. Lester F. Ward que, en una obra reciente—*Apuntes de sociología (Outlines of Sociology)*—pretende «que el hombre no es naturalmente un ser social, pero que desciende de un animal que

ni aún poseía el instinto de asociación.»

Los sociólogos, generalmente, consideran la sociedad como un producto de la inteligencia humana, explicándose su fundación por obra de la simpatía, del instinto de imitación y de otros estados sentimentales, agregados a una apreciación racional de las ventajas de la vida en sociedad.

Pero esto no hace más que presentar el problema de la filiación del hombre bajo una nueva forma: «¿Cual era, pues, la naturaleza de las influencias que habrían producido en una especie particular un desarrollo cerebral excepcional, culminante, en inteligencia humana?» La selección natural y la selección sexual, como queda dicho más arriba, explican la evolución primitiva del hombre, pero de ninguna manera explican la evolución de la humanidad.

Un escritor, que publica en *Science Siftings* excelentes artículos sobre sociología, propone en el último número de esa revista, como solución posible del problema, la hipótesis de que el hombre descendería de una especie simiana que, obligada a abandonar bruscamente una existencia arbórea por una existencia terrestre, hallóse, por este hecho, expuesta a tales vicisitudes que, sólo los individuos capaces de desplegar una capacidad superior para el esfuerzo asociado pudieron sobrevivir. Así, una especie social se habrá hallado, en un período avanzado de evolución por medio de la selección natural, exactamente como otras especies sociales se han desarrollado en otros órdenes del reino animal.

El lenguaje surgió del grito del bruto como un incidente de la existencia de la comunidad y como un órgano de actividad colectiva. El procedimiento no tardó en reaccionar sobre las unidades individuales, favoreciendo el desarrollo cerebral y el aumento de la inteligencia. El sentido de la personalidad era en los orígenes colectivo, y solo por un procedimiento analítico el sentido de la personalidad individual surgió gradualmente después.

No es, empero, imposible, seguir el progreso de tal procedimiento con abundantes ilustraciones facilitadas por particularidades lingüísticas. Las observaciones hechas en este sentido conducen directamente a la conclusión de que la

naturaleza humana ha sido formada por la vida de la comunidad, tal como la naturaleza de la abeja social ha sido formada por la vida del enjambre. Esto, sin embargo, no puede ser considerado como un punto establecido, mientras que datos antropológicos, psicológicos, filológicos é históricos irrefutables, no hayan sido aportados en favor de aquella hipótesis.

Estos diferentes campos de investigaciones han ya dado numerosas pruebas de ese género, pero son aún demasiado incompletas para ser consideradas como concluyentes.

Existen especialmente pruebas abundantes de un débil sentido de la individualidad y de la ascendencia casi absoluta del colectivismo entre los primitivos. Estas pruebas son tales, que conducen a Stuckenbergh, en su *Sociología*, a declarar que el hombre «estaba socializado antes de estar individualizado.» Los fragmentos de legislación primitiva que han llegado a nuestro conocimiento no hablan nada del individuo y sólo se ocupan de los grupos. Las palabras que sirven para definir los derechos individuales y las relaciones de individuo a individuo, entran entre los más recientes refinamientos del lenguaje, y, en ciertos idiomas, son aún rudimentarios ó no existen.

Es innegable que la parte sociológica de semejante teoría es de las más considerables. Indica especialmente que una de las proposiciones fundamentales de la sociología es que la sociedad no es el producto de la inteligencia humana, sino *vice versa*; y, además, que la afirmación de la individualidad con sus derechos imprescriptibles, ha debido seguir una marcha paralela al desarrollo de la inteligencia. En el dominio de la ciencia política, establece también que el hombre no ha creado al Estado, sino que es el Estado quien ha hecho al hombre; que la autoridad que ha ejercido el Estado sobre el individuo desde los tiempos más remotos tiende a despojarse de su carácter exclusivo y a perder su razón de ser en razón directa del desarrollo intelectual de la humanidad, y que la máxima de Aristoteles: «el hombre ha nacido ciudadano», mejor se aplica al hombre primitivo que al hombre moderno.

F. Tarrida del Mármol.

El secreto

Tú, no sabes el secreto
Del último de los rapsodas;
Nunca sabrás la agonía
De sus noches desoladas.

Tú, vives la vida alegre
Del festín y de las danzas;
Nunca sabrás el horror
De sus noches desoladas.

Todo es cedro y mármol-rosa
En tu feérico alcázar;
Nunca sabrás la pobreza
De sus noches desoladas.

Te miman los terciopelos,
Las púrpuras y las gasas;
Ignoras la desnudez
De sus noches desoladas.

Canta la canción del Oro
El fróu fróu de tus enaguas;
Nunca sabrás la miseria
De sus noches desoladas.

Tienes hermanas, hermanos,
Madre, padre, Dios y Patria;
Nunca sabrás la orfandad
De sus noches desoladas.

La Fortuna te sonríe,
Te sonríe la Esperanza;
Nunca sabrás la amargura
De sus noches desoladas.

Los poetas cortesanos
Madrigalizan tus gracias;
Ignoras el miserere
De sus noches desoladas.

En tus labios la Alegría
Ríe sus risas preclaras;
Nunca sabrás la Tristeza
De sus noches desoladas.

Pueblan tu mágica alcoba
Los mirajes de las Fábulas;
Nunca sabrás lo macabro
De sus noches desoladas.

En tu hogar todos se inquietan
Cuando suspiras, sin causa;
Ignoras el desamparo
De sus noches desoladas.

Tus sueños son deliciosos
Y muelles como tu almohada;
Ignoras las pesadillas
De sus noches desoladas.

Tú, glisas sobre la Vida,
Con audacias de sonámbula;
Nunca sabrás los naufragios
De sus noches desoladas.

Para tí las Bellas Artes,
El Placer y la Elegancia;
Nunca sabrás los afanes
De sus noches desoladas.

Para tí, los suaves Ocios,
Y la felice Ignorancia;
Nunca sabrás los insomnios
De sus noches desoladas.

Nunca sabrás los terribles
Paroxismos que le exaltan;
Las congojas que le crispan,
El rencor que le arrebatá.

Los espasmos creadores
Que arremolinan sus ansias,
En ímpetus demoníacos,
Y en inspiraciones trágicas,

Como ondular de estandartes
Al viento de las batallas,
Como crepitar de selvas
Por los rayos incendiadas.

La miseria que le humilla,
La soberbia, que le embriaga,
El genio que le liberta
Y á lo infinito le lanza,

Cuanto hierve y tronitúa.
En el cráter de su alma,
Gime, solloza, blasfema,
Grita, ruge, impreca y clama!

Las Quimeras que le huyen,
Las Euménides que le aman,
Los Ciclopes que le acechan,
Los Espectros que le hablan!

¡Oh mimosa Favorita
De existencia regalada!
¡*Moriturus te salutat,*
El último de los rapsodas!

Jamás sabrás el secreto
Del Aëda, de la Casta,
De cuya labor provienen
Tu Fortuna y tu Arrogancia!

¡Jamás sabrás el secreto
De sus noches desoladas!

Armand Vasseur.

(Del libro en prensa *Cantos Angustales*.)

Los «estigmas» de los santos y los poseídos

Las vidas de muchos «santos», tales como son descritas por sus biógrafos más fidedignos, rebosan de hechos francamente patológicos.

El misticismo de los creyentes suele revestirlos de atributos milagrosos, mientras la incredulidad de los excépticos cree resolver la cuestión viendo en ellos el simple resultado de mistificaciones ó leyendas. Parece inverosímil, rayano en la magia teatral de los prestidigitadores, que el rastro sangriento de la corona de espinas aparezca ornando la frente de un místico; y dígase lo mismo de ciertas lesiones en las manos recordando los clavos de la cruz santa, la herida semiabierta sobre el costado, y otros fenómenos representando sobre el cuerpo de algunos propagadores de su fé, las lacras atribuidas á Jesu-Cristo por la leyenda cristiana.

Tales hechos, así como los sudores de sangre y ciertas equimosis espontáneas, lejos de ser negados por la ciencia, recibieron de ella su más indiscutible consagración. Con esta diferencia: ya no son atribuidos á intervenciones diabólicas ó divinas, carecen de todo carácter extraordinario ó sobrenatural, y desmienten el significado místico que les atribuyeron los biógrafos religiosos. Son simples fenómenos de patología nerviosa y mental, pudiendo observarse y repetirlos experimentalmente en las clínicas, donde su determinismo y su patogenia son estudiados á la par de otros accidentes tróficos de la histeria.

En su clásica obra, Gilles de la Tourette (1) dedica preferente cuidado á su estudio; refiere los dos ejemplos más significativos de «estigmatizados», interesantes desde el doble punto de vista histórico y nosológico: San Francisco de Asís y Luisa Lateau.

Leyendo la vida del primero se excluye cualquier duda sobre la neurosis histérica padecida por el santo personaje; es una larga historia clínica, como las redactamos á menudo en los hospitales y manicomios. Durante uno de sus ataques de éxtasis el santo vió «descender de las alturas del cielo un serafín con seis alas de fuego, de claridad deslumbradora. El ángel descendió con vuelo rápido hasta colocarse á su lado, permaneció suspendido en los aires, y entonces apareció entre sus alas la ima-

gen de Jesús crucificado. Al verlo, el alma de Francisco fué presa de indecible estupor. El regocijo y el dolor la llenaban alternativamente: el regocijo, puesto que tenía á su frente al Dios de su corazón, al Dios de amor bajo la forma de serafín; el dolor, pues Jesús estaba sufriendo, con las manos y los pies atados á la cruz y el corazón abierto de una lanzada. La visión desapareció, mas dejando en su alma un ardor extraordinario, y en su carne el rastro milagroso de la impresión divina. Inmediatamente, en efecto, aparecieron sobre sus miembros las cinco lacras que acababa de adorar en la aparición. Sus manos y sus pies parecían perforados por gruesos clavos, cuya cabeza, redonda y negra, era muy visible; la punta, larga y al parecer remachada, sobresalía en el dorso de las manos y los pies. La herida del costado, ancha y entreabierta, dejaba ver una cicatriz bermeja, manando sangre y tiñendo por momentos la indumentaria del santo» (1). Eso ocurría en Agosto de 1224; los estigmas, constatados por muchas personas, aún existían en el momento de su muerte, Octubre de 1226. San Buenaventura, por referencias de un testigo ocular, dice que en las manos y en los pies se veían clavos milagrosamente formados por su carne, tan adherentes que al empujarlos de un lado sobresalían por el otro, como si fueran nervios muy duros y de una sola pieza, de color gris ferroso; la herida del flanco, bien roja, con sus bordes replegados, «parecía una bella rosa frescamente abierta». Clara, superiora de las «Pobres damas de San Damián», intentó arrancar uno de los clavos milagrosos para conservarlo como reliquia, pero no lo consiguió. En suma, á la muerte de Antonio, las heridas de las manos y pies estaban en vía de cicatrización, por lo menos transitoria, pero la herida del costado manteníase viva y en plena actividad.

Caso idéntico al de Francisco Asís es el de Luisa Lateau, estudiado minuciosamente por Bourneville (2). En esta enferma el periodo de éxtasis y delirio se modelaba sobre la escena de la crucifixión, influyendo poderosamente sobre el sitio y el aspecto de las pertur-

(1) «Saint Francois d'Assise», Edit. Plon y Cie., París, 1885, pág. 235.—Citado por Gilles de la Tourette.

(2) Louise Lateau ou la stigmatisée belge, 2.a ed., París, 1878.

(1) «Traité clin. et ther. etc.», Vol. II, parte II, cap. IX á XI.

baciones tróficas. Sus estigmas consistían en una amplia marca en la frente, correspondiendo a la corona de espinas; otra en el costado izquierdo, imitando el golpe de lanza, y cuatro en los pies y manos, producidas por los clavos clásicos; además existía sobre la espalda derecha una llaga viva, manando grandes gotas de serosidad transparente, apenas teñida de sangre, análoga, según Warlomont, a la que habría producido un vesicatorio amoniacoal; examinando con lente esa región, se veían arborizaciones vasculares bien caracterizadas. La corona de la frente parecía una diadema muy sensible al dolor, con el aspecto propio del edema congestivo doloroso, determinando la hemorragia, sin efracción aparente de la piel; no se observaban erosiones ó grietas cutáneas en la frente ni en el cuero cabelludo, donde también se producía la hemorragia. En su origen, es decir cuando los éxtasis eran ligeros, la abundancia y la duración del derrame sanguíneo eran más considerables, persistiendo hasta veinte y cuatro horas. Algunas veces, aunque raramente, la sangre se detenía y secaba, por lo general a las once de la mañana. La cantidad de sangre era variable, pero nunca fué avaluada con precisión; Mr. Lefebvre calculaba doscientos cincuenta gramos. Además se observó, sobre el dorso de ambas manos, «nudosidades duras al tacto, semejantes a botones carnosos», exactamente análogas a las de Francisco de Asís.

Completando el cuadro de estas perturbaciones tróficas, recordemos el caso de Sor Juana de los Angeles, estudiado con particular atención por Legué y Gilles de la Tourette (1); para estos autores, la historia clínica de la superiora de las Ursulitas de Loudun, abarca, por decir así, toda la histeria.

Un día dicen después de un ataque vió aparecer sobre el dorso de su mano izquierda las palabras «Jesús, María, José». Los nombres estaban trazados «en hermosos caracteres bermejos y sangrientos». Se proclamó el milagro ¿cómo podía existir semejante inscripción si los caracteres desaparecían y se renovaban a intervalos variables, sin que la más escrupulosa vigilancia permitiera descubrir el menor tocamiento, la más pequeña superchería? La Hermana, sin embargo, daba la explicación verídica del fenómeno, perfectamente plausible en la actualidad: «Será sencillo saber de qué manera se renuevan los nombres de Jesús, María y José, sobre

el dorso de mi mano. Se borran con lentitud, pero cuando se renuevan tornanse bermejos y transparentes. Esta renovación es obra de mi buen ángel. Tres razones me inducen a creerlo: 1.º Ello ocurre, ordinariamente, en la víspera de las grandes fiestas, mientras oro, durante la noche, ó el día de fiesta, cuando comulgo; 2.º Por su intermedio mi espíritu se eleva a Dios y mi alma recibe un consuelo interior; 3.º Exteriormente, la operación es muy dulce. Siento un hormigueo en la mano, muy delicado; y algunas veces el santo ángel saca invisiblemente el guante que calza mi mano, no por que yo quiera sacarme el guante, pues solo me apercibo cuando ya está sacado». Su buen ángel opera del modo siguiente, sin duda en el curso de un ataque, y su operación, puramente alucinatoria, produce los mismos efectos que si fuese real: «Cuando resuelve renovar las marcas, me toma la mano dulcemente, algunas veces quita el guante que la cubre, después hace un movimiento como si una persona escribiera sobre mi mano. Comienza siempre por formar el santo nombre de Jesús» Esa alucinación figurada basta para producir estigmas somáticos en las hísticas muy sugestiones.

Según los mismos autores, en Sor Juana, los caracteres, cuando duraban cierto tiempo, parecían como si estuvieran secos y raspados. Esa raspadura correspondía, evidentemente, a la decamación que se produce cuando los trastornos vasomotores de la piel se prolongan, y las células epidérmicas, insuficientemente nutridas, caen y se eliminan de por sí. En cuanto a la influencia de los ataques sobre la aparición de esos fenómenos, bastará transcribir estas palabras de la misma Sor Juana: «El día de Santa Teresa, el diez y siete del mismo mes, el Padre Surín, aunque muy desfallecido, trajo el Santo Sacramento, dispuesto a comulgarme. Cuando él pronunció estas palabras—«Corpus Domini Jesu Christi»—me sentí extraordinariamente atormentada. Una furiosa contorsión me dobló hacia atrás y mi fisonomía asumió una expresión espantosa. En ese momento el Padre vió formarse, muy manifiestamente, sobre mi mano, el nombre de Jesús, por encima de los nombres de María y José, todos en hermosos caracteres bermejos y sangrientos.

Otros hechos análogos pueden leerse en la citada obra de Gilles de la Tourette, quien reunió, en 1885, la más completa bibliografía sobre los trastornos tróficos de la gran neurosis. Los casos ya clásicos, expuestos en las páginas precedentes, bastan como introducción

(1) Soeur Jeanne des Anges, Paris, 1887.— Véase el «Tratado» de Gilles, citado, pág. 467 y 468.

histórica al estudio clínico de algunos accidentes tróficos de la gran neurosis. Nuestras observaciones clínicas pondrán de relieve la identidad entre esas «estigmatizaciones» de los santos ó poseídos y ciertos accidentes hísticos observados en la humilde clientela de los

hospitales. La clínica descubre los ocultos mecanismos del milagro.

Dr. José Ingegneros

(Fragmento del libro en prensa: «Los accidentes hísticos»).

La decadencia del cesarismo en Rusia

La guerra actual ha producido ya un buen resultado. Ha permitido levantar una punta del espeso velo que la censura había hasta ahora logrado tender entre el Imperio moscovita y el resto de Europa. Hasta ahora era casi imposible estar informado de lo que pasaba en Rusia, donde las únicas fuentes de informaciones abiertas a los corresponsales de diarios extranjeros estaban constituidas por la prensa del país,—censurada al extremo y, en la mayoría de los casos, redactada en las oficinas gubernamentales—ó por comunicaciones oficiosas emanadas de las mismas oficinas.

Hace próximamente un año, el corresponsal del *Times* en San Petersburgo aprendió a sus expensas lo que costaba querer informarse en otras fuentes. Reconocido culpable por la burocracia del Czar de mandar a su diario informes exactos, sólo su calidad de ciudadano inglés evitó los horrores de un destierro en Siberia, pero le fué ordenado abandonar el territorio ruso dentro de las veinte y cuatro horas.

Empero, con la declaración de guerra, centenares de periodistas europeos fueron atraídos hacia Rusia por las necesidades de información.—Generosa como siempre, la Administración de San Petersburgo ó de Moscou les facilitó copia en abundancia y la facultad de transmitirla por los hilos telegráficos del gobierno, facultad de que muchos, sobretodo los franceses y los alemanes, han ampliamente usado y también abusado. Pero al lado de estos, hay también una clase de representantes, individuos hasta hoy bastante desconocidos en Rusia, que se titulan *reporters*, y proceden de Inglaterra ó de los Estados Unidos, según el caso.

Esos *reporters* están habitualmente provistos de un excelente par de ojos y tienen el sentido del oído excesivamente agudo. Además tienen una habilidad notoria para usar esos dos sentidos tan preciosos para el periodista, y al mismo tiempo que *telegrafian*, como los demás, lo que pueden extraer de la prensa rusa ó lo que los funcionarios

rusos tienen la amabilidad de comunicarnos, *escriben* también de tiempo en tiempo algunas cartas que, de un modo ú otro, logran hacer llegar a sus diarios, malgrado la vigilancia de los gabinetes negros rusos que abren todo pliego que les parece sospechoso. Inútil decir que existe el contraste más patente entre el texto de los telegramas y el de las cartas de un sólo y mismo corresponsal.

Es de tal suerte que M. H. Munro del *Morning Post*, nos informa que más de la mitad de la población obrera y de la pequeña burguesía de Varsovia manifiestan sus opiniones revolucionarias ostentando una escarapela original—una punta de un pañuelo rojo saliendo del bolsillo de la chaqueta,—y que muchos otros comparten esas opiniones, a tal punto que la aristocrática Polonia háse transformado, durante los últimos años, en un foco de agitación socialista igual en intensidad a cualquier otro de Rusia y sin igual en ningún otro país; foco donde se publican, por medio de numerosas imprentas clandestinas, millones de ejemplares de opúsculos, manifiestos, diarios y otros géneros de literatura revolucionaria.

Es también del mismo modo que el *Standard* recoge de fuente indiscutible, la noticia de que desde el 1.º de Abril al 25 de Mayo último 1360 arrestos políticos han sido verificados en las tres provincias del Sud occidental: Kieff, Podolia y Volhynia, puestas especialmente bajo la jurisdicción del teniente general Kleigels que, habiéndose particularmente distinguido en el puesto de jefe de la gendarmería de San Petersburgo durante seis años, recibió hace cuatro meses su nombramiento de gobernador de Kieff, con el mandato especial de desarraigar, cueste lo que cueste, el fermento de revuelta en su nueva jurisdicción. Apesar de su sobrenombre de «mano de hierro» no parece que haya tenido mucho éxito en su empresa, y la agitación vuélvese cada día más activa y más desconfiada; y no solamente las ciudades, sino también el

campo son inundados de literatura revolucionaria y de «proclamas» denunciando el «crimen manchuriano», obra nefasta del despotismo. Los numerosos casos de insubordinación y de revuelta abierta observados entre los reservistas recientemente movilizados son atribuidos á esas «proclamas».

El mismo diario relataba últimamente que han tenido lugar numerosas ejecuciones, clandestinas y sin juicio, de revolucionarios arrestados bajo un pretexto ú otro, en diferentes puntos del territorio; 600 hombres recientemente arrestados en Varsovia en el curso de las manifestaciones de principio de Mayo han sido ahorcados en esa ciudad sin la menor forma de juicio, mientras que, en Moscov, 80 han tenido la misma suerte.

Una comunicación oficiosa del gobierno ruso desmiente esta información. Pero sabemos lo que valen los desmentidos oficiales en general, mientras que los de los ministros del Czar ó del Sultán de Turquía tienen, para la opinión pública europea, el valor de una confirmación. Mientras que la Ley de Policía Administrativa, que dá á los funcionarios rusos el derecho de infligir multas, la cárcel, el destierro y el presidio á los adversarios del gobierno que caigan bajo sus manos, quede en vigencia, hará falta otra cosa que desmentidos gubernamentales rusos para anular declaraciones hechas por un *gentleman* inglés.

El efecto de la guerra actual ha sido, desde sus comienzos, el de facilitar nuevos alimentos al descontento. El comercio y la industria sufren, desde la apertura de las hostilidades, un estancamiento que no fué nunca igualado. Las bancarrotas se acumulan y algunas, no declaradas aún, sólo son *tapadas* por la situación misma. Así que, en todos los distritos en que reina la ley marcial—es decir, la mayor parte de Rusia—hacer protestar una letra es ilegal, con la circunstancia de que los

Algo sobre el Japón

Comparando el peso de los cerebros japoneses con los europeos, *La Revue* de París llega á los siguientes resultados:

Un cerebro de niño japonés de nueve á catorce años pesa, por término medio 1235 gramos, mientras que el peso del cerebro de los niños europeos es de 1350 gramos. Un japonés del sexo masculino llega al máximo de su desarrollo ce-

rebral entre los cuarenta y cincuenta años. Si bien este crecimiento, comparado con el de los europeos, es un poco lento, hay que considerar en cambio, la relación de la talla del japonés con su cerebro, relación que demuestra la superioridad de éste.

El cerebro de los nipones, considerado en relación á su talla, ocupa un

bancos se rehusan á emprender operaciones, aún las más seguras. No hay que creerse que esta marea creciente de descontento y de revuelta no tiene objetivo definido. Los descontentos saben perfectamente lo que quieren; los programas de los diversos partidos pueden variar en cuanto á la forma, pero en el fondo están todos de acuerdo sobre un punto esencial: la supresión del régimen actual de despotismo y de burocracia ávida y tiránica, en provecho de un régimen en que la Libertad tendrá un sitio más ó menos grande. Y no faltan observadores imparciales, rusos y extranjeros, para declarar que si la guerra dura aún un año ó diez y ocho meses, lo que es más que probable, una revolución se prepara en Rusia que, en magnitud, igualará á la que, en 1789, barrió en Francia el despotismo borbónico. El prestigio del Czar, indisolublemente ligado al de la Iglesia Ortodoxa, vuélvese cada día una cantidad mas infima. Contábase con los esfuerzos que Nicolás II hacia, antes de la apertura de las hostilidades, para el mantenimiento de la paz; decíase que en un Consejo tenido sobre la cuestión, el Czar había exclamado: «Peró ¿soy ó no soy el Czar de todas las Rusias?» Por cortesía no se le quiso contestar categóricamente que no! Pero los acontecimientos se han encargado de indicarle esa negativa y que el puesto de Pedro el Grande, hoy está virtualmente ocupado por una oligarquía de funcionarios, de grandes duques y sicofantes, entre cuyas manos el Czar mismo no es más que un juguete.

Es el conocimiento cada día más preciso en el pueblo, de esta situación, que hace la tarea de los revolucionarios y reformadores más fácil, y su propaganda más eficaz.

Joe Auffret.

Londres, 15 Julio 1904.

rebral entre los cuarenta y cincuenta años. Si bien este crecimiento, comparado con el de los europeos, es un poco lento, hay que considerar en cambio, la relación de la talla del japonés con su cerebro, relación que demuestra la superioridad de éste.

El cerebro de los nipones, considerado en relación á su talla, ocupa un

enorme lugar en su organismo. Por esta causa, según la mencionada revista, podemos explicarnos perfectamente la maravillosa adaptación de esta raza al progreso intelectual, económico y político.

Comentando estas observaciones, un periodista francés dice:

«Nosotros nos consolamos de esta superioridad, repitiendo que los japoneses brillan sobretudo por su espíritu de imitación que supera en ellos á su espíritu de invención. Pero este consuelo no deja de ser un sueño, cuando consideramos el éxito cada vez más creciente de las patentes de invención establecidas por la ley de 1885. El primer año, fueron depositadas sólo 99 patentes, pero, al año siguiente, se contaron 205 y los otros años, respectivamente, fueron aumentando así: 605 y 871, hasta que en el año pasado llegaron á 1024. Los japoneses, pues, le han tomado gusto á la originalidad.»

Esta última picante ironía genuinamente *gauloise*, está dirigida á la soberbia estúpida de la raza europea, que orgullosamente se había proclamado hasta hace poco la mas inteligente del mundo, así como la antigua doctrina antropocéntrica y egocéntrica colocaba á la miserable hormiga/hombre y á la Tierra en el centro del Universo.

La guerra que actualmente está ensangrentando una parte del mundo, ha hecho dirigir la atención de los sabios hacia el olvidado Japón, y recién ahora, con una estupefacción tremenda, se ha venido á notar que el «despreciado amarillo» es un hombre como nosotros, superior á nosotros quizás.

Y sin embargo, caán digna de estudio es la vida de esa raza! ¡Qué hermosas lecciones pueden aprender los pueblos modernos de la historia y de la evolución social, política y económica de una nación que en treinta años recorrió, en el camino de la civilización, el trecho inmenso que la Europa recorrió en cinco centurias!

A principios del siglo XIX, en el Japón reinaba el feudalismo, y toda su opresión bárbara se hacía sentir sobre el pueblo. La grande obra intelectual del príncipe Mito, había sembrado, desde hacia tiempo, la rebelión entre las masas, y en el año 1853 se desencadenó sobre el Japón una de las revoluciones mas formidables que haya visto la historia. En varios años la hoguera revolu-

cionaria destruyó hasta los cimientos del antiguo feudalismo. Se incendiaron más de treinta mil casas; murieron á millares hombres y mujeres y niños; los templos fueron destruidos, y parecía que aquel huracán de catástrofe no iba á dejar al final, en pie, ni un hombre ni una cosa en el Japón.

Al fin, la revolución, como todas las revoluciones justas, triunfó. Y enseguida la evolución más portentosa que la historia constata, se verificó en la vida social, política y económica de aquel país.

En el término de treinta años, aquella nueva sociedad purificada con el baño de sangre de una revolución, se elevó rápidamente, maravillando á los humanos ojos con la multiplicidad y la esplendidez de sus frutos de ciencia, de arte, de civilización. Y hoy, se ha puesto, junto con las naciones europeas más adelantadas, á la vanguardia del progreso. El Japon hoy posee todos los adelantos de la ciencia y de la industria; ha aventajado á todas las demás naciones en el estudio de la biología; sus artistas son los mas originales del mundo; sus pedagogos han llevado la ciencia de la enseñanza hasta un admirable grado de adelanto, y á sus escuelas concurren ocho millones de niños...

Hay en esta pasmosa evolución histórica, un inmenso problema cuya solución ha de abrir nuevos horizontes á la ciencia de la sociología.

Mientras tanto nosotros los revolucionarios podemos adelantar una afirmación fundamentada en los hechos. ¿Les será quizá permitido ahora á los «ilusos utopistas» hablar de un *próximo* porvenir donde haya mucha más felicidad que la que ahora existe? ¿Podrán reirse de nosotros los reaccionarios cuando le pongamos frente á los ojos el ejemplo del Japón que en tres décadas ha dado, impulsado por el resorte de una revolución tremenda, el salto prodigioso que lo llevó desde la más negra barbarie hasta las líneas más avanzadas de la civilización?...

A los gritos de ¡mueran los bárbaros! se hizo la gran revolución japonesa que generó la esplendorosa civilización actual del país del Sol Naciente. Los modernos señores feudales del Occidente no tardarán en oír el ¡mueran los bárbaros, que echará abajo su poderío odioso.

Edmundo Bianchi

Los picudos

EL JUMENTO MURMURADOR

FÁBULA

Señor, es fuerza que la sangre corra
—dijo al león solicita la zorra.—
Sin cesar el estúpido jumento
de tí murmura con fervor violento.
—¡Bah!—respondió la generosa fiera.—
Déjale que rebuzne cuanto quiera:
pecho se necesita bien mezquino
para sentir injurias de pollino.

Hartzenbusch.

Parece mentira, y no lo es, que en el siglo del *radium* y de la telegrafía radiográfica haya aún quien tenga á gala parlotear descosida y gravemente para demostrar al prójimo, como dos y dos son siete, que vivimos en la mejor de las sociedades, iguales ante la ley y con puerta franca para que cada uno ejercite sus actividades y difunda su pensamiento y su sentimiento en el vasto estadio de la vida. Acallado el injurioso ruido de las marimbas que con motivo de la ley de expulsión contra los extranjeros se golpearon con furia en el parlamento argentino, quedamos el consuelo y la ventaja material de haber visto expuesta con elocuencia y hasta con galanura la gran mentira que encara el Estado, la Ley y el Derecho.

Se nos ha enjaretado la más soberana de las *latas*, á título de torneo oratorio con sus puntas y ribetes de ciencia, de filosofía, de literatura y de historia. Alguien habrá que le dé el calificativo de concierto: nosotros, que tenemos del arte y de la ciencia un concepto superior, dámosle el de música africana. Hemos dicho *lata* soberana por que etimológicamente la maldad extrema y la extrema idiotez son formas de soberanía.

Con entonación patética, con frase campanuda, con actitud y gesto heroico que harían morir de envidia al más apuesto gladiador si el gladiador resucitara, se invocó la paz pública, el orden social y las venerandas instituciones. Todo esto, naturalmente, para demostrar que la ley de expulsión debía conservarse por que era necesaria aún cuando fuera contraproducente. Y hubo un quidam que no considerando reñida la gravedad de padre de la patria con la nota amena y risueña del gitano de feria, largó la chuscada de que la mentada ley era lo más constitucional que hasta ahora había salido del humano chirumen. ¿Monstruosidad jurídica? ¡Quiá, no señor! Aquí está á mano el

tratadista Calinez, y el comentarista Berrea, y el penalista Tontinez que dicen cuanto cabe decir sobre la materia. Y á fuerza de barajar citas resultó que los autores invocados como testimonio no andaban de acuerdo ni consigo mismos, pues tan pronto afirmaban como negaban el asunto puesto en discusión. Lo cierto es que se habló hasta más no poder y con una ampulosidad tal que por poco no vuela el techo del recinto parlamentario. Bien dijo Say, no recordamos dónde ni cuándo, que «la exageración en los discursos es signo de debilidad, como la charlatanería lo es de ignorancia».

¿Pero qué representan en la vida humana contemporánea la paz pública, el orden social y las instituciones? ¿Cuál es el credo de amor, superior al encarnado en el verbo que empuja á la «turba»—con que la paz y el orden y las instituciones se imponen? Los que de ello hablaron con tanto énfasis tuvieron el buen acuerdo de no decirlo. ¿Y cómo decir á esa «turba» que no puede descenderse al clásico credo de amor sin pasar á través de cuajarones de sangre, de montañas de cadáveres, de aberraciones y crímenes sin nombre y sin límite? ¿Para qué estudiar, analizar, auscultar, definir si tienen la soberanía de la fuerza y la soberanía de la perfidia?

No se comprende á fé, ni hay modo de comprender cómo esos «cuatro locos á quienes cuadra mejor el manicomio que la cárcel» pueden representar un peligro tan terrible para esa paz, para ese orden, para esas instituciones. O los «cuatro locos» de que se habla con desprecio son otras tantas potencias de cordura y de voluntad, ó la paz, el orden y las instituciones son la más grosera, la más trágica de las mentiras puesto que necesitan de la infamia para guarecerse. El dilema no tiene escapatoria. De sus proposiciones resulta claro como la luz meridiana que no hay más locos peligrosos que los que hacen, aplican y defienden las leyes.

Existe en estos legisladores de pacotilla como existe en toda naturaleza decadente ó estacionaria, una verdadera enfermedad mental que se ayunta y enlaza con el desorden moral que les es propio: la manía de reforzarse con mayor número de testimonios ajenos cuanto más disparatada ó delictuosa es la acción propia. Esta enfermedad, que constituye la gloria de los pedantes y la diversión de los tontos, acusa y pone

de relieve una pasmosa esterilidad de pensamiento y un gregarismo vergonzoso, pruebas innegables de que se extingue por completo el nervio de aquella mesocracia que á fines del siglo XVIII supo hacer tascar el freno á la aristocracia y á la realeza. Dícelo bien claro el infernal cotorreo del parlamento argentino, donde para defender una simple salvajada, abundó tanto el pensamiento ajeno como escaseó el propio. Renunciamos á seguirles los puntos á los «padres de la patria», porque fuera ésta una tarea más que larga, imposible para nosotros que nunca hemos tenido la fea costumbre de abreviar en los códigos.

Lo cierto es que ya están ciegos los regidores de pueblos y afónicos los reyes de la prepotencia. No son ellos los que hablan: es el polvo de los que fueron, arremolinado por el viento huracanado de la selva. No son ellos los que piensan: no hacen más que reproducir, como el fonógrafo, el pensamiento amazacotado de otras generaciones y trasplantar al presente los balbuceos de civilizaciones que ya no existen, de gestaciones que ya se verificaron. Hablar hoy de «turba» como con la procaacidad y la insolencia del inconsciente habló en el parlamento argentino un diputado que ni los honores merece de que se le nombre, es retroceder dos mil doscientos años, para identificarse con aquel esclavócrata convencido y convicto que se llamó Aristóteles, grande en su época, pequeño hoy al ser medido con el cartabón de la ciencia y del derecho; hablar de «extranjeros», con dejos de ironía y de odio cuando los ideales de fraternidad é internacionalismo forman una á modo de capa cristalizada sobre este ambiente nauseabundo, es dar el más triste á la par que repugnante espectáculo de regresión histórica. No puede, en verdad, pedirse mayor descaro ni retrato más completo de la mentalidad burguesa. Como representantes de esta clase bien hicieron los «padres de la patria» en hablar con asco de la «turba», y mejor hicieron en resucitar la antigua y bárbara querrela entre extranjeros y nativos.

Y esa evolución de que tanto hablaron los picudos ¿nos dijeron acaso en qué consiste, cómo se verifica dentro del actual mecanismo legislativo y cómo debiera verificarse? También pasaron sobre esto como sobre ascuas, no fuera cosa de que la «turba» se percatara del engaño. El mismo diputado socialista, á quien reconocemos sinceridad en sus arranques de potro andaluz, pero en cuyo pensamiento se notan grandes vacíos que quizás el tiempo y el

estudio se encarguen de llenar,—ha puesto de manifiesto que aún no logró aquilatar el verdadero valor científico y social de los conceptos «evolución» y «revolución»; y de tal guisa vacila que aún tiene por averiguar si los socialistas son revolucionarios ó evolucionistas. Posiblemente su criterio las acomodará á las dos tendencias adoptando, por supuesto, el criterio sofisticado que comunmente se emplea para dilucidar este interminable pleito. Para nosotros —que nos esforzamos en arrumbar el sofisma junto con el prejuicio—la evolución bajo la superintendencia de un poder caprichoso y despótico, méritos de todo poder, vale tanto como decir á un hombre sin piernas: «¡A ver, tú, ó echas á correr como un galgo, ahora mismo, ó te despampano!» Los señores padres de la patria, incluso el que con aires nietzscheanos habló de la «turba», nos concederán que George Sand no se mamaba el dedo, como se lo maman ellos. Pues por no mamárselo dijo: «La burguesía, como que está compuesta de hombres egoístas: la burguesía, que sólo es una minoría todopoderosa y por consiguiente una aristocracia cuya única ventaja sobre la otra es su elasticidad, se aprovechará largamente del monopolio social que tiene entre sus manos y no renunciará jamás, si no se la obliga á ceder por la fuerza, á los medios que posee para gozar más que el pueblo trabajando menos».

Escrito lo que antecede, asáltanos una duda, que nos obliga á suspender la tarea, y nos preguntamos: ¿Pero vale la pena discurrir sobre diputados y sobre sus peroratas huera y ñoñas? ¿Hay razón para que nos ocupemos de leyes cuyo objeto preciso es trincar el pensamiento? Esa vapuleada ley de expulsión ¿merece acaso la actitud airada y persistentes de quienes están llamados á caer bajo ella? ¿Deben éstos reclamar con gritos y amenazas que tal ignominia sea derogada por respeto á la libertad y á la Constitución? Nuestra conciencia, así consultada en el silencio del gabinete adonde no llega el tufo de la cloaca social ni el pérfido gruñido de las sepulturas del progreso, reacciona bajo la presión de un dictado que es una negación, y siéntese atenaceada por el remordimiento de haber ultrajado, quizás, al Ideal, poniéndolo en contacto con sepultureros y cloacas.

No somos aficionados á dar consejos y menos á «trazar rumbos»; pero aún á riesgo de pecar de inconsecuentes no podemos reprimir el deseo de decir á esos «cuatro locos» de la «turba», para quienes fué creada la graciosa ley y pa-

ra quienes, andando el tiempo, se crearán otras peores que andando el tiempo también, resultarán mejores: Sois demasiado grandes para ocuparos de cosas tan pequeñas. Economizad vuestro vigor para aplicarlo a la raíz del mal, no a una simple rama. *Eso se combate efica-*

Los obreros

Yo amo á ese pueblo que llegó á la gloria
Subiendo por la escala de la ruina
Y que sobre la cumbre de la historia
Clavó un faro de luz: la guillotina!

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

*Contémploslos pasar! son los que bregan
En el penoso laborar fecundo;
Con cada gota de sudor allegan
Un contributo al esplendor del mundo!*

*Allá van con su amor y con sus odios,
Con sed de vida y ansias de renuevos,
Los héroes que en gigantes episodios
Crearán la Iliada de los tiempos nuevos!*

*Contémploslos pasar! ropa raída
Fatigado el andar, hoscós los ceños,
E inclinada la frente en donde anida
El más deslumbrador de los ensueños!*

*Bajo esos tristes y raídos trajes
Van los futuros redentores, helos!
Llevar toda una aurora sus mirajes
Y todo un universo en sus anhelos!*

*Contémploslos de vuelta á sus hogares,
Rendidos, sin vigor, meditabundos,
Fatigados los brazos musculares
Con que mañana amasarán los mundos;*

*Los brazos musculares, que la insana
Codicia tiene en el grillete fijos,*

cazmente con el ridículo y con la caricatura. Bueno fuera que cuatro locos sublimes se desconcertaran ante la obra inicua de cuatro follones! *Aquila non capit muscas.*

Altaír.

*Los récios brazos que ungirán mañana
La libre humanidad de nuestros hijos!*

*Allá van, fatigados, sin aliento,
Pero nutridos del ideal que avanza,
Y cada frase suya y cada acento
Es un grito de vida y de esperanza;*

*No importa que hoy se arrastren por el cieno
Mientras huelgan y gozan sus señores,
Esa misma miseria es el terreno
Do germinan sus odios redentores;*

*Do germinan sus odios redentores,
Sagrados odios, que en la nueva era
Se trocarán en religión de amores
Que abrazará la humanidad entera!*

*Fué allí en el fondo de esos antros rojos,
Llenos de sufrimiento y de amargura,
Donde vieron pasar ante sus ojos,
Como visión, la humanidad futura,*

*Que en medio á la labor que los abate,
Al externar su sacrosanta ira,
Cada artesano se convierte en rate,
Cada herramienta se convierte en lira!*

*Y de esa muchedumbre que es renuevo,
Que es redención, cuando se agite y vibre
Saldrá una humanidad hecha de nuevo,
Sabia, feliz, laboradora y libre!*

Carlos al Campo.

Montevideo.

Orígen de la inteligencia y de la moral humana

En los orígenes de la vida, el animal absorbe su alimento y se une con su compañera tan involuntariamente y tan ciegamente, como el cristal que se va modelando con formas propias, como el oxígeno combinado con el hidrógeno, ó como dos naves que se acercan la una hacia la otra en un día tranquilo. ¿Donde se encuentra la forma intermediaria entre lo orgánico y lo inorgánico, entre lo que es muerto y lo viviente? La célula que vibra en el agua, y el cristal que se forma en las heladas, son los resultados de ciertas fuerzas de las cuales ellos son inconscios. Pero cuando

el cuerpo del animal se desenvuelve y se hace mas complejo, gracias á la acción de fuerzas también complejas, entonces, ciertas masas de materia concreta, aparecen en su estructura, y de ellas se eleva un espíritu que presenta al animal á sí mismo, que le hace consciente de su existencia. El se hace consciente de que vive, de que tiene un apetito, y de que otros animales, tienen un apetito dirigido contra él. Su espíritu débil y cerrado, se desenvuelve por la experiencia. Inventa estrategias para engañar á sus enemigos ó para apoderarse de su presa. En ciertas

ocasiones, él se vuelve consciente de su deseo de tener una compañera; y lo que entre sus antepasados era una propensión ciega, es en él una pasión iluminada por la inteligencia.

Se imagina, generalmente, que la transición hasta el hombre, de un animal semejante al simio, es el acontecimiento más remarcable de la historia de los seres vivientes. Esta idea es un resultado de la vanidad y de la ignorancia humanas. El acontecimiento más importante en el origen de la vida, es ciertamente aquel de que estamos hablando, es decir: la aparición de la primera chispa de la conciencia y de la razón. Pero en este punto, todavía nos encontramos sin un límite fijo. Ciertamente es que el animal, á un cierto punto, se hace conscio de que él desea alimento, y, en ciertos periodos, una compañera; pero, esos mismos deseos, no son nuevos en él; ellos han existido ya en su organismo, y le han guiado hacia fines determinados en un largo transcurso de su vida anterior. Cuando él llega á un cierto punto de su desarrollo, comienza á prestar atención como se dice de los bebés; pero, su naturaleza queda siempre igual que antes. Con el tiempo, esta inteligencia se convierte siempre en una fuerza y, gradualmente, el animal va obteniendo una facultad directora de las fuerzas que antes le gobernaban despóticamente. Por un esfuerzo de cerebro humano, por ejemplo, el instinto, ó la propensión de la fuerza de reproducción, puede ser obliterado y suprimido.

Nosotros constatamos, también, en lo

que concierne á nuestros primitivos antepasados, que cuando la materia estaba sujeta á fuerzas complejas (de las cuales la que dominaba era la influencia solar) las plantas y los animales no se diferenciaban; que cuando los animales estuvieron sujetos á fuerzas cada día más variadas, ellos se hicieron también complejos en su estructura; y en fin, que cuando su estructura hubo llegado á una cierta medida de variedad, ellos se hicieron conscientes de su propia existencia. De este modo, ellos fueron dotados por la naturaleza de la facultad de conservar su vida y la de la especie gracias á sus propios esfuerzos conscientes.

Más tarde, nosotros podremos constatar, no solamente que aquellos que sobrevivieron en la lucha por la existencia, obtuvieron el alimento y las hembras, por los cuales lucharon, sino también que, gracias á sus esfuerzos por obtener todo eso, ellos se elevaron inconscientemente en la escala de los seres animados.

En fin, nosotros podremos ver que los hombres, que en el estado salvaje estaban al nivel de las bestias,—empleando su vida en la conservación de sí mismos y en la reproducción de la especie, han llegado al estado civilizado y son, al presente, más ó menos conscientes del plan de la naturaleza y comienzan á aventajarla por el metódico desenvolvimiento de su inteligencia.

Winwood Reade.

(Traducido de *The Martyrdom of Man*).

Retrato de todas partes

Roma, 13 de Julio.

A propósito del libro de Alfred Naquet, *Anarchie et collectivisme*, mucho se ha hablado entre los anarquistas, de la personalidad de este gran pensador, respetadísimo en Francia y entre todos los literatos del mundo.

No ha sido por cierto para mí una revelación, el encontrar en el libro de Naquet, un vivo espíritu de simpatía por el anarquismo.—Ya había él dado, en su vida de publicista, numerosas pruebas en ese sentido, por lo cual, muchos lo creyeron próximo á entrar en vías francamente libertarias. Si bien se ha conservado hasta ahora en un campo neutral, numerosos puntos de contacto lo ligan á nuestro ideal. En un

artículo suyo publicado el año pasado en *Le Figaro* de Paris, decía, al tratar de la cuestión del divorcio,—de la cual él fué el más entusiasta paladín en Francia,—lo siguiente:

«No solamente estoy por el divorcio unilateral; de una manera general, yo estoy por el amor libre: yo reconozco que mientras dure el actual estado de la sociedad—fundada sobre la propiedad individual—esto no será posible, pues la mujer no podría materialmente ni intelectualmente, asumir el cargo de educar á sus hijos. Es necesario, pues, asegurar á la mujer el socorro del hombre.

Todo lo que ahora sucede, no sucederá, en una sociedad comunista: la madre conservará á su hijo, le dará

su nombre, y la sociedad lo criará y educará hasta el día en que estará en edad de subvenir por sí propio á sus necesidades.»

Quién ha llegado á pensar de este modo en una de las cuestiones en que precisamente se muestran más rehacios en aceptar modificaciones los defensores del actual estado de cosas, no es nada extraño que sea, sino nuestro amigo, nuestro íntimo aliado.

Yo creo, que cuando Naquet haya estudiado más á fondo nuestras ideas, y, sobre todo, cuando haya meditado mucho sobre ellas, llegará hasta nosotros. Esta reflexión me la sugieren algunos puntos del libro en cuestión en los cuales Naquet demuestra no poseer á fondo el asunto.

Es por esto, que él no acepta algunas partes de la filosofía del anarquismo y reprocha algunos hechos practicados por los libertarios.

Sin embargo, estamos seguros que no tardará mucho Naquet en llegar hasta nuestro campo. Toda la evolución de su pensamiento filosófico nos lo indica.

En 1870 en su *Religion, Propriété, Famille*, Naquet defendió las instituciones burguesas á capa y espada, y hoy, después de una evolución continuada, sin saltos, segura, acepta el comunismo, preconiza el amor libre, ve en la familia un gran mal social y se rie de la patria... ¿Es acaso difícil ver hacia donde se encamina esa evolución?

Alfredo Naquet es uno de los espíritus más bellos de la Francia intelectual contemporánea. A una cultura superior, á un poder de observación maravilloso, á un talento notabilísimo, une una sinceridad y una modestia poco comunes entre los sabios, para los cuales generalmente la pedantería y el orgullo necio son cosa corriente.

¡Hermosa adquisición habrán hecho pues nuestras ideas el día que Naquet se declare anarquista! ¿Es aventurado esperar esto de un hombre que dijo, empleando un exactísimo y hermoso simil, que la anarquía es *actualmente* la asintota de la evolución?

En la prensa italiana fué objeto de vivísimas discusiones, la reciente novela *Gli ammonitori* de G. Cena. Por unanimidad la prensa declaró que esa obra era una apología de la propaganda anarquista por el hecho.

En efecto, Cena ha querido con esa novela, hacer obra realmente revolucionaria. Ved el argumento y juzgad:

Se trata de un oscuro corrector de pruebas, empleado en un gran establecimiento tipográfico, donde se imprimen obras científicas, las cuales pasan, naturalmente, por sus manos al corregir las pruebas.

A fuerza de leer aprende mucho, y su espíritu medita continuamente. Llega á un punto en sus meditaciones, en que se convence de que la sociedad está mal organizada.

¿No podrían ser felices los hombres sólo queriéndolo, se pregunta.—¿Por qué los hombres no tratan de mejorar-se para llegar, al fin, á la felicidad?... Y este problema le preocupa hondamente, y le martillea el cerebro mientras trabaja, mientras asiste, de noche, á las lecciones de la Universidad popular, mientras escribe sus memorias, sólo, en su cuarto de triste proletario... Al fin, un día, tras una huelga fracasada, es despedido de la casa editora en que trabaja, y entonces, el problema que preocupaba su cerebro, se soluciona: Y vé que para que los hombres abran sus almas á la luz de la verdad, es necesario que un gran acontecimiento, un hecho individual, sacuda como un huracán de rebelión las almas de los hombres... ¡Nada de palabras! Las palabras son inútiles; el convencimiento vendrá después del hecho de la obra, y corre á obrar...

El hecho, no se cumple, por que el autor hace desaparecer al protagonista antes que la obra concluya, para darle á ésta, un efecto natural. Pero esto no importa. La obra está ahí, hermosamente rebelde. Las memorias del tipógrafo Stanga por sí solas constituyen un veredicto de acusación contra la sociedad capitalista.

La novela, hermosamente escrita, desprovista de todo artificio, se desarrolla con admirable naturalidad.

El mérito de *Gli ammonitori* está en la hondísima impresión que dejan en el ánimo del lector las escenas de miseria en ella pintadas, y, sobretudo, la profundidad de las ideas expuestas.

Cena, no será anarquista, pero nos ha dado una hermosa obra anarquista. Y de todo corazón se la agradecemos.

Francesco Damonti.

Bibliografía

Música Prohibida. por ALBERTO GHIRALDO. Edición de la Biblioteca Popular de «Martín Fierro». Buenos Aires, 1901.—He aquí un volumen de buenos versos revolucionarios, originalmente ilustrados, cuyo autor, nuestro excelente camarada Alberto Ghirardo, se destaca entre la juventud literaria americana por la extraordinaria gallardía de su talento equilibrado y complejo.

Aquí, en América, donde tantos literatos hacen una literatura inexpresiva, morbosa, vacía é inmoral, donde tantos escritores proclaman principios convencionales que nos desorientan, donde tantos poetas se malogran y esterilizan bebiendo su inspiración en las márgenes del Tiber y del Rhin, en las históricas riberas del mar Egeo, y en los góticos monumentos medioevales, esfuerzos generosos como el de Ghirardo, en los que resplandece y predomina la nota de sentimientos muy nobles, muy sinceros y muy hondos, significan que el arte,—obediendo á las leyes de la evolución, como los demás grupos de fenómenos sociales que componen el elemento positivo de la actividad humana,—ha obtenido su más perfecta liberación.

L. Durán.

Horas de febre. Alma antiga, Poema de Oscar Wilde. por ELYSIO DE CARVALHO (Rio de Janeiro).—Elysió de Carvalho, ha tenido la gentileza de enviarnos sus obras poéticas. No podía haberse hecho un obsequio mejor que ese. Hemos pasado deliciosos momentos deleitándonos en la lectura de las obras con que el ardiente poeta brasileño se inició en la vida literaria, iniciación que fué una consagración de su talento, pues toda la prensa del Brasil saludó la aparición de Carvalho con un aplauso unánime.

Alma antiga, es una serie de deliciosos poemitas en prosa, en los cuales el autor ha puesto todas las delicadezas melancólicas de su alma sentimental y artística.

Elysió de Carvalho posee esa sutileza de sentimientos que hace que de las más ínfimas reconditeces de su ser pueda sacar tesoros de poesía; que en las cosas más simples pueda encontrar el lado que las hace interesantes é inolvidables... «¡Cuántas veces—dice el mismo Carvalho—en la existencia más humilde y más imperceptible vive un gran poema cantando á la creación!»

Alma antiga está llena de bellezas y hay en la obra algunos trabajos admirables en su poética sencillez.

Horas de febre es un tomo de versos que Carvalho escribió á los diez y ocho años, cuando estaba influenciado por la lírica incomparable del *Negro de oro*, el gran poeta brasileño Cruz e Souza.

Aún cuando en los versos de *Horas de febre* hay espléndidos arranques de alta poesía, no se destaca tanto en ellos la originalidad de Carvalho como en *Alma antiga*, que es más bello, porque es más sencillo y más espontáneo...

Poemas de Oscar Wilde, como el título lo dice, son traducciones del grande cuán desgraciado poeta inglés.

Sobre el inestimable mérito de esta traducción, nos limitaremos á repetir aquí lo que respecto á ella escribió el gran Remy de Gourmont á Carvalho: «De un bello poema inglés, hicisteis incontestablemente un bello poema en vuestra lengua», palabras que en boca del maestro, son el mejor elogio del trabajo.

De estas obras á la obra actual de Carvalho, hay un abismo. Hoy la mentalidad del escritor brasileño, solidificada con el estudio de los autores más avanzados, orientada hacia un fin altamente social, está dando espléndidos frutos. En la actualidad, Carvalho está dirigiendo la revista más importante del Brasil. «Kultur»,—así se llama la revista—es una brillante palestra del pensamiento moderno, donde escribe la juventud intelectual más talentosa y mejor orientada del Brasil. Carvalho

ha fundado hace poco la «Universidad popular» en Rio Janeiro, donde él dicta un curso de sociología. —Además de las obras de que hemos dado una breve impresión aquí, Carvalho ha publicado «Alma simples», cuentos; «Seres», prosas; «Parada Amorosa», poesías; «Paisagens litterarias», ensayo crítico sobre la literatura de los Nuevos en el Brasil; «Fragmentario», colección de artículos; «Desventurados», novela moderna; «Leyenda de nosso amor» romance místico; «Angelus», prosas, etc.

Ya irán conociendo los lectores de FUTURO, las producciones de nuestro colaborador, de quien hemos tratado de esbozar con estos brevísimos rasgos, su valiosa personalidad literaria.

La filosofía de Herbert Spencer.—Por PEDRO KROPOTKINE.—Claudio Garcia, editor. Montevideo.—Con su hermosísimo y claro estilo, Pedro Kropotkine sintetiza, en las 32 páginas de este opúsculo, toda la obra filosófica de Herbert Spencer. De paso, estudia y critica las bases principales en que se fundamenta el sistema spenceriano.

El defecto principal en que ha incurrido Spencer, ha sido el de *sistematizar* su filosofía, incurriendo en el pecado que él siempre criticó. Si las tendencias de la inmensa obra del gran pensador inglés fueron las de encontrar un punto de unión á las diversas teorías filosóficas y la de destruir los dogmas refundiéndolos en una armónica conciliación y en una creencia única, no consiguió sus propósitos, pues no hizo más que crear un nuevo dogma, el de lo *incognoscible*, que tantos adeptos—y entre éstos ¡cuántos fanáticos!—ha encontrado entre los hombres modernos.

Hablando sobre este mismo punto, dice Kropotkine en el folleto en cuestión:

«En el fondo, hablar de lo incognoscible, es siempre volver, sin percatarse de ello, á las grandes palabras de las religiones... Admitir el incognoscible de Spencer, es suponer una fuerza infinitamente superior á las que obran en nuestra inteligencia... Para el naturalista, lo abstracto, lo absoluto, dios, lo incognoscible, es siempre la misma hipótesis de que Laplace no necesitó en su sistema del mundo para explicarnos, no solamente el universo, sino también la vida sobre nuestro planeta, con todas sus manifestaciones.»

Hasta tal punto, algunos spencerianos hánse fanatizado con el dogma de lo incognoscible y el de la evolución, que sería el caso de decirles parodiando lo que Stirner dijo de los ateos materialistas: «nuestros evolucionistas son hombres piosos.»...

El gran mérito de Spencer no es, como creen sus admiradores, el de haber creado su colosal obra de sistematización de los conocimientos humanos. Nosotros creemos que lo que más hay que admirar en Spencer, son las múltiples conclusiones particulares á que en casi todos los ramos de la ciencia arribó. La ciencia no evoluciona merced á las creaciones de nuevos sistemas filosóficos, sino gracias á la labor paciente de los infinitos obreros del saber, que aportan día á día su contingente de verdades particulares á la montaña de verdades que desde la aparición de la inteligencia en el mundo, se ha ido formando.—La ciencia es eso: un enorme montón de verdades, que todos los días varía de forma, porque en él, la inteligencia humana va echando continuamente los conocimientos que la experiencia le sugiere ó quitando lo inservible. ¿Quién podrá detenerse ante ese acumulamiento eternamente variable, y clasificarlo con una expresión que indique su forma? El símbolo de la ciencia es Proteo.

¿Podríamos decir aquí, todo lo que á Spencer debemos? ¿Podríamos señalar todo el tesoro inapreciable de nuevas verdades que ha aportado al campo de los conocimientos? Absurdo sería el pretender sintetizar en el corto espacio de que disponemos, todo lo que la ciencia actual debe al Aristóteles

moderno. Sin embargo, no terminaremos estas líneas, sin antes agradecer á su memoria la poderosa ayuda que él nos prestó en la lucha que sostenemos los revolucionarios contra el Estado. «En este sentido.—diremos con Kropotkine—Spencer ha contribuido inmensamente para que la filosofía del siglo que comienza, haya sido anarquista.»

E. Bianchi

Antimilitarismo reivindicado.—Biblioteca de «La Huelga General», Barcelona.—Se trata de una recopilación de artículos antimilitaristas, que fueron publicados en la prensa revolucionaria de España. Los autores de esos trabajos, fueron procesados por esa causa, y encerrados en la cárcel. Para protestar de tal indignidad, y para compartir la respon-

sabilidad, dos mil personas firman esos escritos, afirmando con ese hecho, todo el desprecio y la repugnancia que les merece el militarismo.

Este folleto se vende al precio de 5 centésimos en la Librería «La nueva infancia», calle Miguelete, 65.

Trabajador, no votes. soldado, no mates. por A. GIRAULT.—Biblioteca de «La Huelga General», Barcelona.—Espléndido trabajo de propaganda antimilitarista y anti electoral. De venta en la misma casa.

Recibido:—«El Obrero intelectual», Rosario de Santa Fé; «La Protesta», diario, Buenos Aires; «Martín Fierro», revista, Buenos Aires; «Aurora social», Rosario; «La Internacional», revista, Buenos Aires; «Temps nouveaux», París.

Notas

El teatro es uno de los medios más eficaces para la vulgarización de lo bello entre las masas. Teniendo en cuenta esto, la dirección de FUTURO, se ha propuesto organizar una serie de veladas artísticas musicales literarias, para las cuales cuenta con la colaboración de varios intelectuales, de algunos músicos y de un grupo filodramático formado por inteligentes aficionados. Esa serie de veladas se inaugurará con una que se realizará en el curso del próximo Septiembre y en la que se dará por primera vez en este país la hermosa comedia de Octavio Mirbeau, *La Epidemia*.

—Respondiendo á la buena acogida que entre el público ha tenido nuestra revista, nos hemos atrevido á introducir las importantes mejoras que nuestros lectores habrán podido apreciar en el presente número.

Hemos cambiado las cubiertas anteriores por las presentes, pues aquellas no dieron resultado; hemos cambiado por otro superior el papel del texto, y, en cuanto á la parte tipográfica nada decimos, pues salta á la vista la notable mejora que en ella hemos introducido.

Todo esto, creemos, hace mucho más hermosa la presencia de la revista. Esperamos que los lectores tomen en cuenta este progreso, y contribuyan, con su valioso esfuerzo, para que muy pronto podamos dar otro paso hacia adelante.

—Por abundancia de material, nos vimos obligados á postergar la publicación de varios hermosos artículos que tenemos en carpeta.

—La casa de Stock de París, acaba de publicar el drama social en 4 actos, de Juan Grave, titulado *Responsabilités*. Pronto lo tendremos aquí.

—Murió hace poco en Londres C. F. Wats, llamado *el pintor de las ideas*. Deja un nombre inmortal en la historia del arte social. Había nacido en Londres en 1817.

—También murió el mes pasado en Rusia el gran escritor Antonio Tcechhoff. Fué un estilista exquisito y un observador profundo. Máximo Gorki debe haberse inspirado mucho en sus obras, que sirvieron también de modelo á muchos otros grandes escritores rusos. Tcechhoff escribió la novela *Amor libre* que tanto ruido hizo en Rusia.

—Por decreto de 27 de Junio, la Sociedad de Sociología de París, de la cual es secretario M. René Worms, director de la *Revue de Sociologie*, ha sido reconocido establecimiento de utilidad pública.

—Muerte hondamente sentida, ha sido la de Luis Malaquin, ocurrida en Niza. Malaquin, era conocidísimo en toda Francia, por su valiente acción revolucionaria y por su hermoso talento. Había sido colaborador de *La Revue Blanche*, *Mercur de France*, *Temps Nouveaux*, *Libertaire* y otros. Su sepelio fué un acontecimiento en Niza, por el cortejo inmenso que acompañó los restos del valiente anarquista. Tenía 36 años.

Robur.

De todas las obras que los señores autores ó editores envíen á la Dirección de «Futuro», se hará el correspondiente juicio crítico.

Todos los trabajos publicados en «Futuro» son inéditos, ó traducidos especialmente para esta revista. Estos últimos llevarán siempre anotada al pie la fuente de donde proceden.